

compuso su hermoso tratado de la *Ancianidad*, á los sesenta y tres años, uno antes de su muerte violenta. Galileo acabó sus diálogos acerca del *Movimiento*, á los setenta y dos años. Se hallaba entregado, en compañía de su discípulo Torricelli, á la continuación de algunos trabajos, cuando murió á los setenta y ocho. La inteligencia de estos hombres creció, agrandó sus límites y ganó en profundidad con los años: « Vale muy poco, dice Lord Jeffrey, el vino que se avinagra con los años. » Entre otros célebres ancianos que han aprendido nuevas lenguas para su adelanto, ó simplemente por entretenimiento, figuran el doctor Johnson y Jacobo Watt. Desearon probar si sus facultades mentales se habían alterado con la edad. Johnson aprendió el holandés á los setenta y uno, y Watt, alemán á los setenta y cinco. Ambos llegaron á dominar dichas lenguas, y vieron que sus facultades no se habían alterado. Tomás Scott empezó á estudiar el hebreo á los cincuenta y seis años, y Goethe tenía sesenta y cuatro, cuando se dedicó al estudio de la literatura oriental. Murió á los ochenta y tres, en pleno dominio de su inteligencia y de su imaginación ¹.

alma; y he conocido muchos en quienes ha flaqueado primero el cerebro que el estómago y las piernas.» (*Ensayos*, lib. I, cap. LVII.) Y añade: « La madurez tiene sus defectos lo mismo que la juventud, y mucho peores; y la ancianidad es tan incapaz para esta especie de trabajos (el escribir libros) como cualquiera otra edad; el que entrega el fruto de su decrepitud á la prensa, hace una locura si cree producir algo que no huela á chochez y á tontería. Nuestros caprichos se hacen costosos y más pesados con la edad.» (*Ensayos*, lib. III, cap. XII.)

1. Cuando el doctor Cumberland, el sabio obispo de Peterborough, tenía ochenta y tres años, le presentó el doctor Wilkins un ejemplar de su *Testamento copto*. El obispo, como otro Catón, empezó el estudio de esta lengua, que llegó á dominar muy pronto.

En el ocaso de su vida lord Camden, después de haber sido primer lord canceller, aprendió el español, á fin de poder leer novelas en dicha lengua, después de apurar las escritas en inglés, francés é italiano. Alejandro Humboldt escribió la última página de su *Cosmos* á los noventa años, y murió al mes siguiente de haberlo acabado. El veterano Leopoldo Ranke continuó sus trabajos á razón de ocho horas por día hasta las noventa y un años, y sus últimos escritos fueron tan buenos como los primeros.

Algún escritor ha dicho que después de los cuarenta años el cerebro no recibe nuevas impresiones, pero los que estudian en edad avanzada pueden consolarse con el hecho de que el doctor Priestley no conoció una palabra de química hasta llegar á la edad madura. Escribiendo á sir Humphrey Davy, cuando tenía sesenta y ocho años, el doctor Priestley decía: « Aunque soy un viejo experimentador, había cumplido casi cuarenta años antes de haber hecho ningún experimento acerca del aire, y carecía entonces en absoluto de previos conocimientos de química. » Descubrió el gas oxígeno á los cuarenta y un años, y el nitrógeno, el ácido carbónico, el ácido fluorhídrico, el muriático y otros gases (conocidos hoy con diferentes nombres) en los años subsiguientes. El doctor Thomson ha dicho de él: « Nadie penetró en el estudio de la química en condiciones más desventajosas que el doctor Priestley; y sin embargo, muy pocos han ocupado un puesto más distinguido en ella, ó suministrado mayor número de verdades nuevas é importantes. »

Los grandes astrónomos han llegado en su mayor parte á edad avanzada en plena posesión de sus facultades. Han encontrado en el trabajo un divino conso-

lador de la vejez. Tienen tanto vigor para sobrellevar los trabajos como para esperar. Ya hemos citado á Galileo, que dictaba su última obra hallándose ciego y físicamente impedido. Hevelio observó los cuerpos celestes con gran ardor hasta los setenta y seis años, y Copérnico hasta los setenta. Newton escribió un nuevo prefacio á sus *Principios*, á los ochenta y tres. Flamsteed, Halley, Bradley, Maskelyne y Herschel vivieron hasta una edad avanzada. Y mister Somerville, autor del *Mecanismo de los cielos*, dió al mundo su última obra, *Ciencia molecular y microscópica*, á la avanzada edad de ochenta y nueve años. Cuando se objetaba á Delambre que las partes sucesivas de su *Historia de la Astronomía*, contenían numerosas correcciones que equivalían á disertaciones acerca de la materia de las precedentes, el veterano replicaba: « Mi respuesta es muy corta: empecé esta obra á la edad de sesenta y tres años; ahora tengo setenta y dos; y si hubiese esperado á empezar la impresión cuando no hubiera tenido nada que añadir ó nada que quitar, lo obra se hubiera perdido. »

Los grandes hombres de Estado y los magistrados han vivido en su mayor parte largo tiempo. La verdad es que nada preserva tanto la vida como el estar vivamente interesado en ella. Los hombres perezosos desaparecen, mientras que los activos viven. El ejercicio de todas las facultades es necesario para la salud; y esto es tan cierto respecto de los ancianos como de los jóvenes. La pereza conduce á la degeneración de los músculos, del corazón y del cerebro, y al rápido agotamiento de las facultades intelectuales. El doctor Lordat, el célebre fisiólogo de Montpellier, afirma que es el principio vital y no el intelectual el que parece

declinar á medida que la ancianidad colora con sus tintes otoñales el verde follaje de la vida. No es verdad que el entendimiento pierda su fuerza después que la energía ha llegado á su punto culminante. Los conocimientos adquieren mucha más fuerza durante la primera mitad del periodo que se designa con el nombre de ancianidad. Es, por consiguiente, imposible determinar un periodo de la existencia en que las facultades del raciocinio sufran deterioro.

Lord Eldon, lord Brougham, lord Lyndhurst y lord Pálmerston, fueron eminentes lo mismo en la ancianidad que en la juventud. Eldon murió á los ochenta y seis años, y disfrutó del pleno goce de su maravilloso entendimiento hasta poco antes de su muerte. Brougham pareció desafiar largos años al tiempo y á la muerte, hasta que á los noventa años, sucumbió víctima del gran nivelador. Lyndhurst, la noche en que cumplió los noventa años pronunció en la Cámara de los Lores un discurso de incomparable claridad, lucidez y capacidad, mostrando que su poderoso entendimiento no se veía oscurecido por la menor nube. Vivió dos años más, lleno de lucidez y de candor hasta el fin. Pálmerston era uno de los hombres más jóvenes de la Cámara de los Comunes. Fué un muchacho viejo hasta el fin. Continuó siendo el héroe alegre, animado y siempre joven de los debates, y fué el tipo perfecto del hombre de Estado laborioso. Está « siempre triunfando ó combatiendo », y el trabajo parecía estimular, hacer más intensas y prolongar sus energías vitales. Fué primer ministro más tiempo que ningún otro en la presente centuria, exceptuando á lord Liverpool y conservó hasta el fin su maravillosa popularidad. Los hombres confiaron en su constancia,

veracidad, honradez y patriotismo : murió siendo primer ministro á los ochenta y un años.

Los magistrados han sido casi tan famosos por su longevidad como los legisladores. Sir Eduardo Coke cayó del caballo á los ochenta años. Su cabeza dió contra un « tronco puntiagudo », y el caballo cayó sobre su cuerpo. Sin embargo vivió aún más de un año. Sus últimos días los empleó en preparar sus numerosos trabajos legales para publicarlos. Sir Mateo Hale renunció su cargo de presidente del Banco de la Reina á los sesenta y siete años. Mansfields murió á los sesenta y siete años. Munsfield murió á los setenta y nueve, conservándose su inteligencia brillante y vigorosa hasta el fin. Lord Stowell, lord Hardwicke, lord Camden y lord Campbell, llegaron á la mayor ancianidad. En verdad, algunos jueces han permanecido en el cumplimiento de sus deberes tan largo tiempo, que dieron lugar á gran descontento entre los miembros jóvenes del cuerpo de abogados. Lefroy fué lord presidencial del Banco de Irlanda hasta los noventa años. Su larga permanencia en el cargo fué causa de grandes discusiones en la prensa de Irlanda, lo mismo que en la Cámara de los Lores. Y sin embargo, como siempre se dijo, su inteligencia no decayó, y su experiencia fué más grande que nunca. El presidente barón Pollock, fué casi destituido de su posición, por los clamores que se promovieron en toda la prensa inglesa. Se retiró á los ochenta y tres años, y se dedicó por pasatiempo á la fotografía, llegando á ser presidente de la Sociedad Fotográfica. Jamás dejó de mostrar el mayor interés hacia las matemáticas. Su muerte ocurrió cuatro años después de su retiro, á los ochenta y siete años. Debemos sin embargo, mostrar-

nos algo cautos, como decía lord Chelmsford en la Cámara de los Comunes, « para medir la capacidad mental de la ancianidad; nunca es tarde para empezar, y parecería que nunca es tarde para acabar. »

El trabajo y no la pereza es fuente de satisfacción. La pereza consume mucho más á los hombres que el orin al hierro. Conduce á la degeneración y ruina de la energía vital.

Al hombre perezoso se le escapa la existencia por no encontrar nada á que agarrarse. ¡ Qué ruina de vida para el que no tiene libros favoritos, ni reserva de pensamientos, ni agradables recuerdos de lo que ha hecho, experimentado ó leído! El fabricante de velas de sebo que vuelve á sus calderas en sus últimos años, es mucho mejor que el que se retira rico para no hacer nada. Las horas de la tarde de la vida pueden ser mucho más bellas, del mismo modo que son más lindas las últimas hojas de las flores cuyo capullo se abre más tarde.

Hemos hablado del caso de Jacobo Watt. Durante la primera parte de su vida, mientras se ocupaba en sus inventos, se veía, como Carlyle, afligido por la dispepsia, sujeto á dolorosas jaquecas, y con frecuencia tenía ganas de verse desembarazado de la vida. Pero en la edad avanzada se vió libre de sus dolencias, y andando el tiempo disfrutó los placeres de una excelente vejez. Leía los libros que más le agradaban, y variaba sus distracciones ya inventando, ya plantando ó haciendo excursiones á Londres y al país de Gales. No continuó sus inventos, sino que revisó de nuevo sus planos antiguos é hizo otros nuevos. « ¿ Qué es la vida, dice, sin un caballo de madera (distracción)? » Cuando á los ochenta y dos años encontró en Edimburgo

á sir Walter Scott, á lord Jeffrey y á otros señores, « aquel anciano lleno de vivacidad, amable y benévolo, » según le describe Walter Scott, encantó á todo el mundo con su alegría, y no menos los dejó admirados con lo extenso y profundo de sus conocimientos « Parecía, dice Jeffrey, como que cada asunto que se presentaba en la conversación casualmente, había sido el último que había estudiado de un modo especial. » Continuó hasta el fin inventando y perfeccionando sus inventos, ofreciendo á sus amigos las primeras copias de los bustos hechos por su máquina de reproducir, como « producciones de un joven artista que acababa de entrar en los ochenta y tres años. » Al año siguiente murió tranquilamente, en medio de las lágrimas de sus tristes amigos, que se habían reunido en torno de su lecho de muerte: « Al ver la magnitud y la universalidad de su genio, dice el poeta Wordsworth, le considero casi como el hombre más extraordinario que ha producido jamás este país: nunca procuró deslumbrar, sino que se contentó con trabajar en medio de la paz y humildad del espíritu, y de las circunstancias exteriores en que se ha realizado siempre todo lo que es verdaderamente grande y bueno.

Después de todo, la edad es la sombra de la muerte; aun durante la vida, el deber puede hallar infinita recompensa. La verdadera preparación para la ancianidad consiste en la pureza de la vida y cumplimiento del deber. Estos son los sólidos resultados de la existencia, no importando que sea larga ó corta. El invierno de la vida no debe estar formado por el descontento, sino por la esperanza, la alegría y la paz perdurable.

CAPÍTULO V

HERENCIA DEL TALENTO Y DEL GENIO

Alabemos á los hombres famosos y á los padres que nos han engendrado. — ECLESIASTICO.

Feliz el hombre que puede trazar su ascendencia, de abuelo en abuelo, y cubrir la vejez con el verde manto de la juventud. — JUAN PABLO RICHTER.

El sentimiento de la ascendencia no sólo es inherente á la humana naturaleza, y se observa especialmente en las razas más elevadas de este mundo, sino que contribuye en no escaso grado á la estabilidad de los reinos en los periodos turbulentos, así como también se le encuentra más vivido en los más bonancibles. — JACOBO HANNAY.

No siempre nacen nobles hijos de nobles padres, ni malos hijos de malos padres — SÓFOCLES.

Nobles y heraldos, con vuestro permiso, yace aquí el que un día se llamó Mateo Prior; era hijo de Adán y Eva. ¿ Puede algún Borbón ó Nassau tener más alta alcuernia?

Epitafio de Prior, hecho por él mismo.

Del mismo modo que las razas humanas producen otras semejantes, así también proceden los individuos particulares. Las razas continúan preservando su forma y constitución corporales, sus facciones y su carácter general de generación en generación; y otro tanto hacen los individuos. Los chinos, japoneses,